

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

34. INTERROGATORIO



EN MIS libros, por lo general, me las había arreglado para evitar el empleo de ese tipo de expresiones gastadas hasta la náusea —y, según pensaba, insultantemente hiperbólicas—, como “convertirse en mármol” o “volvérseme un bloque de hielo el corazón”.

Mea culpa. Imposible describir la sensación que me invadió en aquel momento, si no es echando mano a una de esas inefables muletillas. ¿Clisés?... ¡La vida entera, ciertamente, no llega a ser para la mayoría de nosotros otra cosa que un clisé!

...Cuando la horrible vieja se vino derecho hacia mí, como si los arbustos y la oscuridad nocturna no representasen obstáculo alguno para sus sentidos, y me dirigió la palabra sin sombra de vacilación, percibí, literalmente, que un fluido paralizante se derramaba sobre mí, impidiendo toda reacción de mi parte. Fui un elemento inerte..., a merced del capricho de la decrepita gitana.

—¿Por qué volviste, extranjero?

La arrugada faz se aproximó a la mía. El atlas de toda una larga sucesión de inimaginables vivencias estaba nítidamente burilado en sus aguzados rasgos. Había un brillo particular en esos ojos —que retrataban diminutos facsímiles del fuego—, el cual sólo atinaría a calificar de inhumano.

—Anoche viniste... ¿tras él, extranjero?

Creí entender. La vieja me había visto, la víspera, cuando Kató Florescu me llevó al campamento. ¿Pero se estaría refiriendo ella a Loki al decir “tras él”...?

Reuní fuerzas para mover labios y lengua.

—Vine a hablar contigo —mentí.

Se rió... Debo llamar de algún modo al sonido infame que emitía.

—¡Ven! ¡Ven, párate, extranjero! Lavna hablará contigo.

V ENCÍ mi entumecimiento (¿porque me lo permitió ella?) y salí de mi posición acurrucada tras el matorral. Pensé en el aspecto que ofrecerían nuestras dos siluetas, iluminadas por la fogata. Yo, desmesuradamente alto, desgarrado, junto a la contrahecha gitana, doblada casi en ángulo recto por la cintura. Caminaba ella como arrastrándose, igual que un ave de rapiña con las alas rotas. Me condujo hacia su carreta.

El interior del vehículo/vivienda, cuyo bajo dintel me obligó a agacharme para trasponerlo, era lóbrego y maloliente... Entreví unas formas vivas, moviéndose en una penumbra aglutinante, pero estimé preferible no indagar y desvié los ojos. A instancias de la vieja, nos sentamos uno frente al otro junto a una mesa rústica, en cuyo centro ardía una vela de pestífero humo.

—Descansa... —graznó Lavna—. Vienes de tan lejos, que sin duda necesitas descansar.

—Sí —admití, con cautela—. Vengo de muy lejos..., del otro lado del mundo. ¿Pero quién te lo dijo?

—¡Ahh! ¡Ahh! ¡Je, je, je! Sé muchas cosas. Y veo mucho que los demás no ven... ¿Sabes lo que te habría pasado si, en vez de encontrarte yo, te hubiesen encontrado esos hombres que acaban de irse...?

Saqué la Browning y se la mostré, encogiéndome los hombros.

—No creo que me habría pasado nada —dije.

—¡Ah! ¡Un hombre rudo! —rió ella, malignamente—. ¡Bien! ¡Je, je!... ¡Bien! Pero... ¿Qué era lo que querías decir, hombre rudo?

—¡Me extraña que no lo sepas de antemano! —comenté, sintiéndome algo más seguro ante su evidente respeto por la 9mm—. Quiero que me digas si anoche se realizó algún tipo de ritual en este campamento. Y quiero la verdad. ¿Está bien claro?

Asintió con la cabeza varias veces. Pero eso no significaba una respuesta afirmativa, sino tan sólo un movimiento convulsivo que la asaltaba con frecuencia, según pude notar.

—¿Ritual? ¿Qué es eso? —preguntó después.

—Una especie de ceremonia. Bailes y cantos... sacrílegos. ¿Entiendes?

Movió la cabeza de un lado a otro. Su pelambre, gris y enmarañada, osciló.

—Nada más que los bailes que siempre bailó nuestra gente. Danzas de amor, de alegría. Cantos que siempre hemos cantado...

En la semioscuridad, el bulto informe de la vieja era como un montón de animada corrupción. Reía bajito, y sus ojuelos relampagueaban, llenos de malevolencia.

C AMBIÉ de táctica. Tomé la vela y la coloqué donde le iluminase bien la cara.

—¿Qué hiciste anoche con Loki? —le lancé, a bocajarro.

Respingó. Por primera vez advertí un vestigio de inquietud en aquellas pupilas perversas.

—¡Nada! ¡No sé quién es Loki!

—Lo sabes muy bien —retruqué—. Tú sabes muchas cosas..., ¿no es lo que dijiste? Anoche estuvo aquí, y tú hiciste algo con él. Quiero saber qué fue.

Sobre la última sílaba, hice jugar la corredera de la pistola, cuyo caño apuntaba directamente a la apergaminada frente de Lavna... Oí su jadeo.

—Está bien —barbotó, al fin—. Te lo voy a decir..., pero allá tú si no me crees!

(Continúa)

I

¿CONSEGUIRÁ POLETTI SACARLE LA VERDAD A LA VIEJA GITANA?... ¿QUÉ ESPANTOSO MISTERIO ESTARÁ A PUNTO DE SERLE REVELADO? ¿PUEDE EL NOVELISTA CONFIAR EN QUE LA MALIGNA ANCIANA NO LO TRAICIONARÁ A LA PRIMERA OPORTUNIDAD?... ¿SERÁ UNA PISTOLA AUTOMÁTICA PROTECCIÓN SUFICIENTE CONTRA LAS FUERZAS DEMONÍACAS A LAS QUE

APARENTEMENTE SE VERÁ ENFRENTADO NUESTRO OSADO COMPATRIOTA?... ¡CONTINÚE LEYENDO ESTA APASIONANTE AVENTURA DE SUSPENSO! ¡VIENEN SORPRESAS!...

ALGO SOBRE EL AUTOR

Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com